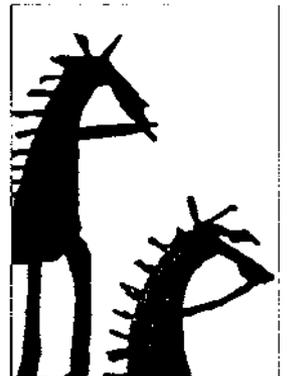


Espacio:
la esencialidad
de la conciencia

Almudena
del Olmo
*Universitat de
les Illes Balears*



“Yo creo que el ideal pudiera consistir en hacer ideal la vida, exaltándonos, nivelándonos; niveladas ideales las vidas todas, exaltándolas; que el hombre posee la facultad de crear y contemplar, mezclar el trabajo y el ocio, el ocio profundo y el profundo trabajo. Si nosotros fomentamos la aspiración de lo ideal en los demás, estaremos mucho más cerca de realizarlo, ya que los otros pueden verlo así en nosotros. Crear un ideal no quiere decir dejar de ser corriente, común, como vulgarmente se cree; el ideal sitúa la vida entre ángel y demonio, con un arranque de libertad mutua y de unidad, al mismo tiempo, en su filo de contacto que es separador y unidor a la vez, puesto que causa una herida; hombre y mujer con ala blanca y ala negra. Hay que encontrar el ideal, insisto, encontrarnos el centro de la vida, el diamante del venero; y para encontramos ese vivero que es el venero, hay que estasiarse primero en ella, como el poeta, para comprenderla, y luego, con dinamia mayor, amarla y gozarla, recrearla cada día en todos los sentidos de la palabra recrear y recrear también, cada día, la confianza en ella y la de ella, única forma de realizarla en plenitud, de consumirla sucesivamente, de conseguir merecer nuestra conciencia, nuestro Dios deseado y deseante”¹.

En 1954, *Espacio* se publica por primera vez de forma íntegra, tres fragmentos en prosa, en *Poesía española*². Desde este momento, la mayoría de los críticos reconoció su importancia. Importancia del poema en sí mismo, importancia del poema en la obra juanramoniana e importancia, finalmente, en la literatura contemporánea universal.

Sin embargo, los estudios críticos acerca de *Espacio* no van más allá del análisis de la génesis e inspiración del poema, de la constatación de los datos autobiográficos que Juan Ramón vierte en el texto o de un análisis lineal de éste; es decir, se analizan temas y motivos según van apareciendo en el discurrir de *Espacio*, pero no se atiende apenas a la fuerte globalidad de sentido que tiene el poema.

Aurora de Albornoz, en su estudio sobre *Espacio*, titula uno de los últimos epígrafes “*Espacio*: culminación, recapitulación y crítica de la ‘Obra’”³. Este título condensa magníficamente lo que el texto supone en la trayectoria poética de Juan Ramón, trayectoria que el propio poeta designaba con el término “Obra”, con mayúscula.

Espacio surge para Juan Ramón como “respuesta última” que sólo podía llegar en sus tiempos finales⁴. Y es que *Espacio* supone la culminación y recapitulación de muchos de los elementos que habían integrado anteriormente la poesía de Juan Ramón.

¹ De “Quemarnos del todo”, *Política poética*, ed. de Germán Bleigberg, Madrid, Alianza Tres, 1982, págs. 486 y s.

² Para un detallado estudio de las diversas fases de composición y publicación que atraviesa *Espacio* me remito al trabajo de Howard T. Young, “Génesis y forma de ‘Espacio’”, *Revista Hispánica Moderna*, Año XXXIV, núms. 1-2, Nueva York, 1968. Recogido por Aurora de Albornoz en *Juan Ramón Jiménez*, Madrid, Taurus, El escritor y la crítica, 1983, págs. 183-193.

³ Aurora de Albornoz, *Juan Ramón Jiménez. Espacio*, Madrid, Editora Nacional, 1982, pág. 89.

⁴ En términos similares se expresa Juan Ramón en el “Prólogo” antepuesto a la primera edición mexicana de *Espacio*. “Prólogo” recogido en la edición citada de A. de Albornoz, pág. 112.

Elementos en evolución constante que, mediante la *crítica*, van siempre más allá. Temas y motivos ya constatables en el *Diario de un poeta recién casado* y que desembocarán en *Dios deseado y deseante*, pasando por *La estación total*. En este sentido, *Espacio* se consolida como texto clave en la obra juanramoniana.

Creo que puede sostenerse que el sentido de este texto, con su indagación constante y definitiva en la *conciencia* del poeta -tal y como se desarrolla el término en el poema-, se corresponde estrechamente con una preocupación general de Juan Ramón en su última etapa de los años cuarenta y cincuenta. Y esta preocupación se define en un doble sentido de imbricación mutua. Por un lado, la constante reordenación y recreación de sus poemas, llevada a cabo por Juan Ramón para distintos proyectos de libros "definitivos". Por otro lado, el tematizar esa inquietud y ese deseo de síntesis de la palabra poética ("El nombre conseguido de los nombres"⁵) que culminará en los poemas incluidos en *Dios deseado y deseante*.

Espacio permite el acceso a una conciencia global del poeta, a la altura de la vejez, en lo que se refiere al significado de su actividad creadora en los momentos de conclusión de la Obra. Quizá sea esto lo que hace del poema una culminación, además de un gran poema: el acierto de materializar el acceso a esa conciencia global de Juan Ramón en una voz dramatizada, que monologa y dialoga, y también en una voz fuertemente temporalizada, tanto por la división en fragmentos que corresponde a los distintos momentos de escritura del texto, como por la tensa y extensa argumentación de *Espacio*. De forma complementaria y no explícita, el proceso de esa argumentación sirve de reflexión llena de claroscuros en torno al proceso creativo de la última época, con lo que este texto estaría ligado a otros de carácter metapoético, como el muy anterior "Vino, primero, pura...", de *Eternidades*⁶.

La evolución a la que me refería se registra también dentro del mismo *Espacio*, que se constituye como una globalidad de sentido integrada por sus tres fragmentos. Así, el decir de Juan Ramón en los dos primeros fragmentos queda radicalmente modificado y complementado por el tercero. Evidenciar esto es, a mi juicio, fundamental. En este sentido, Francisco J. Díaz de Castro sostiene que "las opiniones acerca del optimismo del poema están mediatizadas, a mi entender, por la atención preferente otorgada a los dos primeros fragmentos y por la presión que ejercen sobre esta lectura las de *La estación total* y *Animal de fondo*"⁷.

Aun cuando la crítica ha detenido su mirada en muchos de los problemas que *Espacio* entraña, los resultados han sido diversos y las conclusiones se muestran en ocasiones contradictorias. Sin embargo, la mayoría de los estudios existentes sobre el poema tienen algo en común: parten o se apoyan en las referencias acerca de *Espacio* que

⁵ *Libros de poesía de Juan Ramón Jiménez*, ed. de Agustín Caballero, Madrid, Aguilar, 1979, pág. 1291.

⁶ *Ibidem*, pág. 555.

⁷ Francisco J. Díaz de Castro, "Espacio como culminación de la poética de Juan Ramón Jiménez", en *Juan Ramón Jiménez. Poesía total y obra en marcha*, ed. de Cristóbal Cuevas, Actas del IV Congreso de Literatura Española Contemporánea, Universidad de Málaga, 1990. Barcelona, Anthropos, 1991, págs. 265-287. Cit. pág. 266.

el propio Juan Ramón plasmó en diversos lugares⁸. Estas referencias han sido a veces mal interpretadas y han dado origen a afirmaciones, en mi opinión, del todo inadmisibles. No pretendo ahora examinar cada uno de los juicios del poeta, pero sí es preciso detenerse en una cuestión: el asunto de *Espacio*.

Juan Ramón Jiménez se refirió a *Espacio* como poema "sin asunto, en sucesión natural"⁹. Esta expresión ha llevado a la crítica a una gran confusión. Se llegó a pensar que *Espacio* no tenía un "asunto" definido. Los temas en él expuestos eran muchos, pero se disponían de manera caótica, según le iban viniendo a la mente al poeta, es decir, en "sucesión natural". Nada más lejos de la realidad.

Según creo, A. de Albornoz daba con la clave del poema al evidenciar en él la presencia de una idea "obsesiva": la idea "destino de la 'conciencia'". La conciencia se constituiría como el "desarrollo al máximo de las posibilidades del 'yo' vivo, actuante, sintiente, pensante, ...y -por supuesto- creador."¹⁰

Espacio no es una creación caótica sin organización alguna. Muy al contrario, temas y motivos¹¹, y los conceptos generados por las diferentes asociaciones de éstos, se entretajan en un complejo entramado en torno a un mismo eje: la conciencia. Entramado que, ahora más que nunca, es fusión. Y lo que el concepto de conciencia supone experimenta un cambio progresivo dentro del avanzar del poema y en el marco de la obra del último Juan Ramón Jiménez.

1. "Los dioses no tuvieron más sustancia que la que tengo yo".

"Los dioses no tuvieron más sustancia que la que tengo yo" es frase recurrente sobre la que Juan Ramón sustenta todo el poema. Pero es, además, frase generadora del proceso que sigue el yo hasta "poseer" su conciencia. Es la frase con la que se inicia el poema y con la que concluye, cuando el poeta se dirige a su conciencia del mismo modo en que comenzó el poema: "Ya te lo dije al comenzar: 'Los dioses no tuvieron más sustancia que la que tengo yo'"¹². El lector debe tomar la afirmación inicial del poeta como axioma, prácticamente. Sin embargo, necesita del desarrollo de *Espacio* para comprender. Con la recuperación o el retorno de la misma frase, la memoria del lector es activada, creándose un sentido global: *Espacio*. Porque es a lo largo de *Espacio* cuando el lector comprende de

⁸ Carta de Juan Ramón a Luis Cernuda en julio de 1943 y carta a Enrique Díez-Canedo el 6 de agosto de 1943, en *Juan Ramón Jiménez. Cartas literarias*, sel. de Francisco Garfias, Barcelona, Bruguera, 1977. Y "Prólogo" a la primera edición mexicana del poema, en *Juan Ramón Jiménez. Espacio*, ed. de Aurora de Albornoz, Madrid, Editora Nacional, 1982, pág. 89.

⁹ *Cartas...*, op. cit., pág. 59.

¹⁰ *Espacio*, ed. cit., pág. 74.

¹¹ Con el término "motivo", hago referencia a unidades mínimas temáticas que funcionan en el discurso poético con posibilidad de cargarse de valores simbólicos.

¹² *Ed. cit.* de Aurora de Albornoz, pág. 59. Todas las citas textuales de *Espacio* están tomadas de esta edición.

forma progresiva cómo el yo busca un estado de conciencia absoluta, cómo lo consigue, qué es lo que ese estado supone finalmente y cómo esa conciencia se resuelve en imágenes espaciales¹³.

Tres elementos básicos conforman esta frase: *dioses-sustancia-yo*. En ella se puede observar un movimiento degradante. Los *dioses* son desposeídos de algo que se les suponía: se les creyó más *sustancia* que al *yo*. Pero su sustancia y la del poeta es la misma. Es la negación comparativa la que genera ese movimiento degradante. Los *dioses* son situados en el mismo nivel que el *yo*. Y se equiparan porque su *sustancia* es la misma. Ahora bien, ¿cómo se desarrolla en *Espacio* la igualdad *dioses-yo*?

El yo poético se presenta en *Espacio* como principio único irreductible de todo lo creado:

“Pero si yo no estoy aquí con mis cinco sentidos, ni el mar ni el viento son viento ni mar; no están gozando viento y mar si no los veo, si no los digo y lo escribo que lo están” (pág. 44).

El Dios creador de todas las cosas es en el poema el yo creador de todas las cosas. El “*creo en Dios creador*” es convertido en el “*creo en yo creador*”¹⁴. En “Poesía cerrada y poesía abierta”, Juan Ramón afirmará:

¹³ La resolución de la *conciencia* en imágenes espaciales se evidencia ya en *La estación total*. En este sentido creo que es significativo el poema titulado, precisamente, “Espacio”:

“Tu forma se deshizo. Deshiciste tu forma.
Mas tu conciencia queda difundida, igual, mayor,
inmensa
en la totalidad.

Y te sentimos
alrededor, en el ambiente pleno
de ti, tu más gran tú.

Nos miras
desde todo, nos sumes,
amiga, desde todo, en ti, como en un cielo,
un gran amor,
o un mar.”

Libros de poesía de JRJ, op. cit., pág. 1.164.

¹⁴ Así lo manifiesta también Juan Ramón en *La estación total*:

“Enseña a dios a ser tú.
Sé solo siempre con todos,
con todo, que puedes serlo.

(Si sigues tu voluntad,
un día podrás reinarte
solo en medio de tu mundo.)

“El poeta es un creador. Lo que aparentemente no existe lo crea, y si lo crea es porque sus elementos existen (...) Nombrar las cosas ¿no es crearlas? En realidad, el poeta es un nombrador a la manera de Dios: ‘Hágase, y hágase porque yo lo digo’”¹⁵.

Es Juan Ramón, el poeta, quien *nombra* en *Espacio* y al nombrar crea la realidad, la realidad que es *Espacio* y la realidad contenida en *Espacio*¹⁶. Y crea, según el dictar de su voluntad absoluta, a la manera de Dios. Y a la manera de Dios imbuye a lo creado una parte de sí mismo, su paz o su inquietud:

“Noche igual, todo sería igual si lo quisiéramos, si serlo lo dejáramos. Y si dormimos, ¿qué abandonada queda la otra realidad! Nosotros les comunicamos a las cosas nuestra inquietud de día, de noche nuestra paz” (págs. 24 y s.)

Todo lo que rodea al poeta es porque él lo crea y entonces le pertenece como parte integrante de su espacio interior, último reducto asimilador de la totalidad. Por esta razón, *la otra realidad*, la que no pertenece al poeta, queda abandonada cuando éste duerme.

Del mismo modo que Juan Ramón crea su “realidad” exterior, crea también su espacio interior¹⁷. El espacio donde ha de residir su ideal, que es gloria creada por el yo mismo. El ideal no debe ser buscado fuera del espacio interior del yo, ya que no hay nada superior a un yo creador a la manera de Dios¹⁸: “Nada es superior al hombre más que su

Solo y contigo, más grande,
más solo que el dios que un día
creíste dios cuando niño.”

“El creador sin escape”, 1. “El ejemplo”. *Libros de poesía de JRJ*, ed. cit., pág. 1.182.

¹⁵ *Política poética*, op. cit. pág. 210.

¹⁶ A. de Albornoz observa, en el “Fragmento tercero” especialmente, “una serie de sentimientos y reflexiones relacionadas con la palabra, la poesía o el poeta, visto como *nombrador* y *creador de las cosas*, al nombrarlas”, *Espacio*, ed. cit., pág. 77.

¹⁷ Señala M. Juliá que en *Espacio*, “se mencionan al menos cuatro órdenes de realidad: la que nos acoge, la que percibimos por los sentidos, la que recordamos y la que soñamos”, *El universo de Juan Ramón Jiménez (Un estudio del poema “Espacio”)*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1988, pág. 121. Esto tal vez sea así. Ahora bien, es preciso subrayar que estos “órdenes de realidad” son todos ellos creación del yo poético. “Órdenes de realidad” que serán asumidos e integrados por ese yo en su espacio interior, que asimismo es creación suya.

¹⁸ En “Creador segundo” de *La estación total*, es el yo poético quien crea en su espacio interior un todo eterno:

“¿Qué me importa, sol seco?
Yo hago la fuente azul en mis entrañas.

Nieve sin luz ¿y qué?
Yo hago en mi corazón la fragua grana.

¿Qué me importa, amor humo?
Yo hago la eternidad de amor en mi alma.”

Libros de poesía de JRJ, ed. cit., pág. 1.178.

revenir. El ideal no existe, por lo tanto, sino a nuestro lado, mejor dicho, a nuestro dentro¹⁹. Y este ideal consiste en desarrollar la vida en *plenitud*. Plenitud creada por Juan Ramón en *Espacio* y plenitud que debe ser creada por cada yo para sí mismo:

“La gloria es como es, nadie la mueva, no hay nada que quitar ni que poner, y el dios actual está muy lejos, distraído también con tanta menudencia grande que le piden. Si acaso, en sus momentos de jardín, cuando acoje al niño libre, lo único grande que ha creado, se encuentra pleno en un sí pleno” (pág. 44).

El *dios actual* es un yo más que también debe crear su plenitud dentro de sí mismo. Y esta plenitud será su única *Creación*, única creación para su adentro. Así pues, el yo es un dios creador de todo lo exterior y de todo lo interior, de una realidad absoluta, inmensa y eterna²⁰. “Nada es la realidad sin el Destino de una conciencia que realiza” (pág. 44), dirá Juan Ramón. El Destino es la forma que el yo creador adopta en *Espacio*. El yo poético, en su trayectoria hacia la conciencia, se va creando día a día. Con el transcurrir de su propia historia, va dando sentido a las cosas y su interioridad va creciendo.

“Mi Destino soy yo y nada y nadie más que yo; por eso creo en él y no me opongo a nada suyo, a nada mío, que él es más que los dioses de siempre, el dios otro, rejidos, como yo por el Destino, repartidor de la sustancia con la esencia. En el principio fue el Destino, padre de la Acción y abuelo o bisabuelo o algo más allá, del Verbo” (pág. 38).

¹⁹ “La razón heroica”, *Política poética*, op. cit., págs. 162 y s.

²⁰ En “Poeta y palabra” de *La estación total*, esto se evidencia con claridad: el poeta es creador de lo absoluto con su “nombrar preciso”. Reproduzco a continuación las dos últimas estrofas:

“De todos los secretos blancos, negros,
concorre a él en eco, enamorada,
plena y alta de todos sus tesoros,
la profunda, callada, verdadera
palabra,
que sólo él ha oído, oye, oirá en su vigilancia.
La carne, el alma una de él, en su aire,
son entonces palabra:
principio y fin,
presente sin más vuelta de cabeza,
destino, llama, olor, piedra, ala, valcedoros,
vida y muerte,
nada o eternidad: palabra entonces.

Y él es el dios absorto en el principio,
completo y sin haber hablado nada;
el embriagado dios del suceder,
inagotable en su nombrar preciso;
el dios unánime en el fin,
feliz de repetirlo cada día todo.”

Libros de poesía de JRI, ed. cit., pág. 1.172.

La precisión de Jiménez no deja lugar a dudas. El Destino, su Destino es él mismo. Cada yo posee su Destino único e intransferible, Destino de muerte y Destino de vida. Cada dios tiene su Destino. El Verbo tiene su Destino. Destino que es uno mismo, su yo mismo²¹.

“Los dioses no tuvieron más sustancia que la que tengo yo”, afirmó el poeta, porque el Destino es su yo, porque su yo es su Destino. Porque nada es la realidad sin su Destino, sin su yo, único creador de realidad. El yo que posee la misma sustancia que los dioses. Y es éste el Destino de “una conciencia que realiza”. La frase inicial, “los dioses no tuvieron más sustancia que la que tengo yo”, conduce de este modo al concepto de *conciencia*²². Según creo, en qué consiste esa *conciencia* y cómo *realiza* serán las claves para intentar una aproximación a *Espacio*. Aproximación que quizás debe tomar como punto de partida la explicación de la *sustancia* por la que los dioses y el yo se equiparan.

²¹ Con respecto a esta cuestión, M^a.T. Font afirma: “Unido con su deidad, el poeta canta esta gloriosa entrega definitiva. Sigue siendo ‘yo’ y su ‘dios-Destino’, ‘El’. Este es el dios supremo que está por encima de todos. Es el dios creador ‘repartidor de la sustancia con la esencia’, y es el dios causa”. *Espacio: Autobiografía lírica de Juan Ramón Jiménez*, Madrid, Insula, 1972, págs. 139 y s. A mi juicio, esta autora no establece de forma rotunda la identidad “Destino-yo”. Y según creo, es aquí donde debiera residir el fundamento de su afirmación. El “dios supremo que está por encima de todos” es el yo mismo, cada *yo mismo*. El yo poético que no está “unido con su deidad” porque él es dios. El *dios-yo creador* que con su sustancia, tiempo y espacio, hallará su estado de conciencia esencial.

Por otra parte, M. Juliá sostiene que “en ‘Espacio’ el destino es origen que da lugar a la acción”, *El universo de J.R.J.*... op. cit., pág. 137. Esto tal vez sea así y la razón estriba en que el Destino es el yo y por tanto, el yo es el único origen de toda “acción” posible.

²² Según J. Blasco, “el término *conciencia* es clave en la escritura juanramoniana de este momento”, *Antología poética*, Madrid, Cátedra, 1987, pág. 88. Véase especialmente la nota 227, donde este autor traza la trayectoria del concepto de *conciencia*. Por otra parte, M^a.T. Font o A. de Albornoz también aportaron definiciones de este concepto. M^a.T. Font estima que “para Juan Ramón *conciencia* es la capacidad de desarrollar el propio discernimiento, la sensibilidad ética y la estética, conjugando la tradición y la experiencia; es, por tanto, la suya una conciencia creadora y unificadora con los poderes de valorizar y crear, dándole sustancia al ser”, *Autobiografía lírica...*, op. cit., pág. 181. Para A. de Albornoz, la *conciencia* consiste en el “desarrollo al máximo de las posibilidades del ‘yo’ vivo, actuante, sintiente, pensante..., y -por supuesto- *creador*”, *Espacio*, ed. cit., pág. 74.

El origen de esta idea de *conciencia* puede ser rastreado, en principio, en el Kempis y en el Krausismo. Antonio Sánchez Romeralo señala el año 1897 como la fecha en que Juan Ramón, “siendo colegial de los jesuitas del Puerto de Santa María, debió de leer un aforismo de Tomás de Kempis que le impresionó ‘hasta la obsesión’”, *Ideología (1897- 1957). Metamorfosis, IV*, Barcelona, Anthropos, 1990, pág. XVI. En la “Introducción” de esta misma obra, A. Sánchez Romeralo recoge las palabras de Jiménez contenidas en un prólogo para *Crítica paralela*: “Me gusta añadir ahora que el primer aforismo que escribí (a mis 18 años exactos) fue una traducción del pasaje de Tomás de Kempis que dice en latín: ‘Si attendis quid apud te sis intus non curabis quid de te loquantur hominis’, que yo puse en español así: ‘Si miras lo que eres dentro de ti mismo no tendrás cuidado de lo que de ti digan los demás hombres’. De modo que Kempis fue, hacia 1899, el primer pensador que influyó en que yo escribiera pensamientos o máximas, como entonces se decía”, pág. XVII. Considero que este aforismo al que hace referencia el poeta es esencial para el origen de la idea de *conciencia*.

Por otra parte, J. Blasco Pascual afirma: “Diversas procedencias se han señalado para centrar conceptualmente el uso que Juan Ramón hace del término, pero sobre todo, se ha referido el término *conciencia* juanramoniano a Krause y a su *Ideal de humanidad para la vida*”, *Antología poética*, ed. cit., pág. 88. En este sentido, Graciela Palau de Nemes ya apuntaba que “de la Institución derivó Juan Ramón un moderno concepto del ascetismo, que

2. La sustancia del yo: tiempo y espacio.

Tras la afirmación con la que se inicia *Espacio*, “los dioses no tuvieron más sustancia que la que tengo yo”, Jiménez recoge en orden inverso los elementos que la constituyeron: “Yo tengo, como ellos, la sustancia de todo lo vivido y de todo lo por vivir” (pág. 9). El yo se convierte en centro. Los *dioses* quedan reducidos a punto de referencia. La *sustancia* es definida²³. El tiempo todo y todo el espacio integran la sustancia del yo poético, e integraron la sustancia de los dioses. Es “la sustancia de todo lo vivido y de todo lo por vivir” la que los iguala²⁴.

Juan Ramón anhela la totalidad, su conciencia. Y ésta se consigue mediante la confluencia de cada uno de los tiempos concretos por los que transcurre el existir del poeta. Tiempos concretos preñados de vivencias, de sueños, de recuerdos, de olvidos y de espacios; del vivir total del poeta: “Y lo que veo, a un lado y otro, en esta fuga (rosas, restos de alas, sombra y luz) es sólo mío, recuerdo y ansia míos, presentimiento, olvido” (pág. 9).

Una acumulación de sustantivos genera de improviso una concatenación de momentos temporales absolutamente dispares, pero en perfecta combinación ahora. Y todos ellos confluyen en el yo, porque son tiempos que le pertenecen. *Recuerdo* y *ansia*, es decir, retazos de lo que fue y agitación en lo más íntimo por lo que será. *Presentimiento* y *olvido*, es decir, lo que se cree que será en el futuro y lo que no se recuerda del pasado²⁵.

El pasado, el presente y el futuro integran al poeta, que no encuentra explicación sólo en su presente, en cada momento presente. No es un punto fijo en un tiempo y en un

nada tenía que ver con regiones geográficas sino con características nacionales: era necesario ser un aristócrata en su propia tierra. Después definiría: ‘Aristocracia, a mi modo de ver, es el estado del hombre en que se unen –unión suma– un cultivo profundo del ser interior y un convencimiento de la sencillez natural del vivir: idealidad y economía. El hombre más aristócrata será, pues, el que necesite menos exteriormente, sin descuidar lo necesario, y más, sin ansiar lo superfluo, en su espíritu’”, *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez*, Madrid, Gredos, págs. 314 y s. A mi juicio esta definición de “aristocracia” enlaza con lo que la posesión de la *conciencia* representa para el yo.

²³ Juan Ramón sintetiza en esta frase citada lo que integra la *sustancia* de su yo poético. Sin embargo, M^o.T. Font va más allá y considera que la globalidad del poema, *Espacio*, fue para Jiménez “una necesidad nacida de las profundidades de su ser, un ansia de fijar su sustancia y una respuesta para acallar sus propias dudas”, *Autobiografía lírica...* op. cit., pág. 63.

²⁴ Para M. Juliá, la “tensión dialéctica” que se establece en *Espacio* entre los *dioses* y el yo crea “el tiempo en el cual va a manifestarse el monólogo” del poeta: “El tiempo es presente, pero un presente que contiene el pasado y se esfuma en el futuro: ‘una fuga raudal’”, *El universo de JRJ*, op. cit., pág. 90. Esta afirmación me parece acertada. Ahora bien, tal vez sea preciso matizar que el pasado contenido en el presente no se “esfuma” en el futuro, sino que se reafirma en un movimiento constante de una temporalidad a otra.

²⁵ M. Juliá observa que ese *a un lado y otro* hacia el que mira el poeta “podría significar a un lado y otro del presente, lo cual equivale a decir en el pasado y futuro (...). Lo que ve a un lado y otro es su realidad subjetiva”, *El universo de JRJ*, op. cit., págs. 90 y s. *A un lado y otro*, lo que rodea al poeta, se resuelve en tiempos, porque la única sustancia del yo es *tiempo* y *es espacio*. Sustancia sobre la que ese yo fundamenta su espacio interior –tal vez lo que Juliá denomina “realidad subjetiva”–, pero también sus espacios exteriores. La realidad total creada por el yo-dios con lo único que posee: tiempo y espacio, su sustancia.

espacio: "No soy presente sólo, sino fuga raudal de cabo a fin" (pág. 9). Lo que define al yo poético es el *transcurrir* por sus temporalidades, su "fuga raudal"²⁶.

Así pues, el yo es *transición permanente*, movimiento continuo²⁷. Y esta transición se lleva a cabo a través de todos los tiempos y de todos los espacios que constituyen la sustancia de ese yo. Es esta transición la "fuga raudal" a la que Jiménez se refiere en *Espacio*. Y esta transición es la forma de lograr la totalidad, la conciencia, "eternidad verdadera de eternidades"²⁸.

El transcurrir del yo por todos sus tiempos genera la convergencia de éstos en un único ámbito inmenso, en un *presente completo*, el de la conciencia. El poeta encuentra entonces su explicación en ese presente absoluto²⁹. Pero ha debido acudir a su pasado y a

²⁶ M. T. Font también alude a este *presente* del poeta "en movimiento perenne de principio a fin". Sin embargo, creo que parte de un planteamiento erróneo de lo que es la *sustancia* del yo. Sostiene que "para Juan Ramón, sustancia es la forma que define el ser continente, el ser vivo", *Autobiografía lírica...*, op. cit., pág. 70. A mi juicio, *sustancia* es en *Espacio* lo que el yo contiene, lo que posee, y no la *forma* del ser continente.

²⁷ Con respecto a esto, creo que es fundamental lo expuesto por Juan Ramón en una de sus conferencias, "La razón heroica":

"La transición permanente es el estado más noble del hombre (...) Transición es presente completo, que une el pasado y el futuro nada menos; es el movimiento del pasado, el presente y el futuro en un éxtasis momentáneo sucesivo, en una sucesiva eternidad, eternidad verdadera de eternidades, momentos eternos."

Política poética, op. cit., pág. 173.

²⁸ Ese transcurrir del yo por sus tiempos se evidencia también en "El creador sin escape", 2, "Ajuste" de *La estación total*. Integración de todos los tiempos posibles en un solo día inmenso y completo, en una conciencia universal:

"Qué difícil es unir
el tiempo del fruteccr
con el tiempo de sembrar.

(El mundo jira que jira,
ruedas que nunca se unen
en una rueda total).

Un solo día la vida,
un día completo y todo,
que no se acabe jamás."

Libros de poesía de JRJ, ed. cit., pág. 1.183.

²⁹ Presente absoluto y único del que Juan Ramón hablará ya en *La estación total*. Así, en la última estrofa del poema "La gracia" dirá:

"Y ¡qué feliz el que la alcanza
en el presente único!
quien puede sorprenderla en su ansia de nosotros
instante universal en que concurren
para nosotros y ella,
ante la complacencia de lo eterno,
gracia, todas las primaveras!"

Ibidem, pág. 1.280.

su futuro, a lo que fue y a lo que será³⁰. Así pues, la idea de cambio es fundamental en el concepto de *conciencia*. Cambio que es representado por el *fuego*: “Y soy un dios sin espada, sin nada de lo que hacen los hombres con su ciencia; sólo con lo que es producto de lo vivo, lo que cambia todo; sí, de fuego o de luz, luz” (pág. 10). Lo único que el yo posee es el “producto de lo vivo”, aquello en cambio permanente. Porque el yo es eterno dinamismo, movimiento continuo a través de sus tiempos, a través de los tiempos donde todo lo vivo transcurre y cambia: “¿Hay otra cosa más que este vivir de cambio y gloria?” (pág. 14).

Jiménez sólo cuenta con su sustancia, con su tiempo y su espacio. En su tiempo y en su espacio encontrará las respuestas a sus preguntas: “¿Qué es, entonces, la suma que no resta; dónde está, matemático celeste, la suma que es el todo y que no acaba?” (pág. 13). La vida tal vez sea una suma: suma de vivencias, nostalgias, olvidos... Una suma que al avanzar “resta” tiempo y termina en la muerte. Juan Ramón se pregunta por la eternidad, por “la suma que no resta”, por la inmensidad que nunca termina. Y “la suma que no resta” se halla en el ámbito de la conciencia.

En este ámbito “todo es más”: “¡Sí, todo, todo ha sido más y todo será más! No es el presente sino un punto de apoyo o de comparación, más breve cada vez; y lo que deja y lo que coje, más, más grande” (págs 23 y s.). El tiempo es ahora absoluto para el poeta. El presente es sólo un punto donde convergen el pasado y el futuro. La “suma que no resta” se constituye con aquello que el presente resta, “deja”, y con aquello que el presente “coge”. Es el tiempo absoluto de la conciencia del yo, porque en el ir hacia la conciencia “todo será más”.

Es Juan Ramón quien crea su conciencia partiendo de la sustancia de su yo; sustancia que es tiempo y que es espacio³¹. En “Quemarnos del todo”, conferencia impartida en 1954, Jiménez afirmará: “Nuestra felicidad me parece a mí que está en el buen uso que hagamos del tiempo y el espacio en que nos ha confinado nuestro destino”³².

³⁰ A. de Albornoz registra aquí la influencia de Henri Bergson y emplea términos acuñados por él, tales como “perpétuel présent” o “présent qui dure”. Y esta influencia es observada cuando Juan Ramón crea en *Espacio* “un ‘presente perpetuo’, cuya perpetuidad nada tiene en común con la inmutabilidad; un presente que es continuo movimiento; que se ensancha en todas direcciones, cogiendo dentro de sí el pasado: que, por supuesto, deja de serlo tan pronto como viene a hacerse parte del presente; a ser presente”, *Espacio*, ed. cit., págs. 83 y s.

³¹ *Espacio*, según dice Jiménez en el “Prólogo” a la primera edición mexicana del poema, es “la respuesta formada de la misma esencia de mi pregunta o, más bien, del ansia mía de buena parte de mi vida”, ed. de A. de Albornoz, pág. 112. Para J. Blasco, esa pregunta “tiene que ver con el recordar por qué he nacido y con la sustancia sobre la que se levanta la conciencia. El yo tiempo encuentra una razón justificadora de la existencia: la puesta en pie de un yo espacio final, que es la conciencia; una conciencia que, cuando la muerte rompa su forma de hombre, seguirá viviendo como puro espacio”, *Antología poética*, ed. cit., pág. 93.

³² *Política poética*, op. cit., pág. 403.

3. El espacio interior.

“El espíritu es inmanencia en marcha, devenir; un seguir siendo, como el oleaje o el ondeaje de un mar siempre nuevo sin salir de sus aguas ni de sus playas, y que es nuevo sólo porque cambia de olas constantemente, porque es movimiento y movimiento en marcha”³³.

Jiménez apunta en estas palabras, pertenecientes a “La razón heroica”, dos juicios que estimo fundamentales para lo que ahora me propongo explicar:

a) El primero de estos juicios reside en ese “seguir siendo”, en el “devenir” constante del yo. La sustancia del yo poético es fusión de tiempo y espacio. Y es esta fusión espacio temporal la que genera el “seguir siendo” en renovación constante. Es el transcurrir, el movimiento de Juan Ramón por sus tiempos y sus espacios³⁴. No el transcurrir del tiempo y del espacio sobre Juan Ramón. Ya se aludió, en otro momento, a la esencialidad de la idea de *cambio*.

b) El segundo de los juicios se contiene en las siguientes palabras: “como el oleaje o el ondeaje de un mar siempre nuevo sin salir de sus aguas ni de sus playas”. El “oleaje” o el “ondeaje” representan esa renovación siempre “en marcha”. Ahora bien, la renovación se produce en el ámbito del mismo mar, en “sus aguas” y en “sus playas”, en su interior. Y esto es lo que ocurre con el yo. La fusión espacio-temporal siempre “en marcha”, su renovación continua es generada en el espacio interior de ese yo, porque su sustancia es tiempo y espacio.

Así pues, si el poeta es sólo tiempo y espacio, fusión de lo que cambia siempre; si esto es lo que constituye su sustancia, todas las claves se hallarán en su espacio interior, porque todo lo que el poeta posee reside en este espacio:

“¿Quién sabe más que yo, quién, qué hombre o qué dios puede, ha podido, podrá decirme a mí qué es mi vida y mi muerte, qué no es? Si hay quien lo sabe, yo lo sé más que ése, y si quien lo ignora, más que ése lo ignoro” (pág. 9)

Juan Ramón se antepone a todo lo humano y a todo lo divino “qué hombre o qué dios”, pues es él quien “sabe” de sí mismo más que cualquiera. Es en su interior donde encontrará las respuestas a su totalidad única, a “lo que es” y a “lo que no es”. Es en su interior donde residen su saber y su ignorar, la luz y la sombra de un sol absoluto.

El yo se hace a sí mismo. La comprensión de que todo reside en su espacio interior será la *gloria suprema*, su única verdad³⁵, porque todo lo llena la “luz de dentro”:

³³ *Ibidem*, op. cit., pág. 157.

³⁴ M^a. T. Font afirmará que “cada cual es lo que deviene, lo que hace de sí mismo”, *Autobiografía lírica...*, op. cit., pág. 110. Estimo que esto es fundamental para comprender el yo como *espacio interior* en el poema.

³⁵ Para A. Sánchez Romeralo, “el modo de esa conquista, de ese cumplimiento, iba a llamarse *inmanencia*”, *Actas del Congreso de Juan Ramón Jiménez*, I, Huelva, Instituto de Estudios Onubenses, 1983, pág. 76.

“Todo se ve a la luz de dentro, todo es dentro, y las estrellas no son más que chispas de nosotros, que nos amamos, perlas bellas de nuestro roce fácil y tranquilo. ¡Qué luz tan buena para nuestra vida y para nuestra eternidad!” (págs. 19 y s.).

Es la “luz de dentro” lo único pleno, lo único que permitirá el estado de conciencia, la eterna inmensidad³⁶.

Todo, absolutamente todo, pertenece al interior del yo poético. En este espacio, es donde el poeta debe aunar sus espacios y sus tiempos, donde alcanzará el máximo desarrollo de sus posibilidades vitales. Aquel chopo de luz ya se lo dijo en Madrid: “Terminate en ti mismo como yo” (pág. 14). La plenitud reside en ese “terminarse en sí mismo” que será la “verdad única”³⁷:

“‘Lo que sea’, es decir, la verdad única, yo te miro como me miro a mí y me acostumbro a toda tu verdad como a la mía. Contigo, ‘lo que sea’, soy yo mismo, y tú, tu mismo, misma, ‘lo que seas’” (pág. 26).

La “verdad única” encuentra su lugar en el espacio interior, la “verdad única” que es el ideal formado por la misma sustancia y la misma esencia que constituyen al yo, que integran su espacio interior³⁸. Esto es lo que Jiménez observa en “Quemarnos del todo”:

³⁶ En *La estación total*, Jiménez ya proclama la asunción en su espacio interior de un todo universal. Es su yo quien asume e integra en su propio interior toda la sustancia cósmica:

“Que nada me invada de fuera,
que sólo me escuche yo dentro.
Yo dios
de mi pecho.

(Yo todo: poniente y aurora;
amor, amistad, vida y sueño.
Yo solo
universo.)

Pasad, no penséis en mi vida,
dejadme sumido y esbelto.
Yo uno
en mi centro.”

“En un centro”, y 3 “El ser uno”, *Libros de poesía de JRI*, ed. cit., pág. 1.232.

³⁷ M. Juliá señala cómo el chopo de luz en Madrid, recordado ahora en América, “propone al poeta una lección: encuentra en ti la perfección natural que potencialmente posees”. Y más adelante, concluye que ese chopo “simboliza la soledad y la seguridad de ser y estar en uno mismo”, *El universo de JRI*, op. cit., pág. 103.

³⁸ A. de Albornoz observó que “aquello que se encuentra está en alguna parte, y -me parece- nunca fuera del poeta, sino por el contrario, en alguna zona de su ‘yo’”, *Espacio*, ed. cit., pág. 74. Creo que habría que matizar, sin embargo, que *aquello* no se encuentra en alguna zona del yo, sino en el espacio interior del yo como *totalidad*.

“El ideal no hemos de considerarlo nunca lejano ni inexistente, porque el ideal está en nosotros mismos (...) Sí; yo digo que el ideal existe y que está cerca, puesto que siendo nuestro es de nuestra esencia y nuestra sustancia”³⁹.

4. Los espacios exteriores.

El estado de conciencia se crea en el interior del yo, porque en el espacio de lo interno es donde reside su sustancia. Sin embargo, es preciso tener en cuenta lo que supone el exterior que rodea al poeta y cómo influye en el proceso que sigue Juan Ramón hacia su conciencia⁴⁰. Y en este sentido hay un hecho constatable.

En todo el poema se produce un flujo desde los espacios exteriores hasta el espacio interior, es decir, desde lo que rodea al poeta hasta lo que ocurre en su yo más íntimo⁴¹. Los formantes de la “realidad” exterior son observados por Jiménez para ser incorporados a su yo y lograr un estado de conciencia plena. La conciencia se forma por apropiación de lo exterior⁴². El yo no se diluye en lo exterior, sino que lo exterior se va concentrando en el yo:

“Pasan vientos como pájaros, pájaros igual que flores, flores, soles y lunas, lunas soles como yo, como almas, como cuerpos, cuerpos como la muerte y la resurrección; como dioses” (pág. 10).

El viejo recurso retórico de la anadiplosis crea un juego de analogías múltiples. Diversidad de elementos que se van identificando primero: “vientos como pájaros, pájaros igual que flores”, y fundiendo después: “flores, soles y lunas, lunas soles”. Y la fusión opera al máximo con términos totalmente opuestos: *sombra* y *luz*, términos que a un mismo tiempo se complementan. Fusión de contrarios que se globaliza en la unidad del yo: “lunas soles como yo”. Y finalmente, tras una pausa más marcada, la analogía suma: “como dioses”, porque “los dioses no tuvieron más sustancia que la que tengo yo”⁴³.

³⁹ *Política poética*, op. cit., pág. 406.

⁴⁰ J. Blasco analiza tres conceptos de realidad observables en la poética de Jiménez: *realidad invisible*, *realidad mágica* y *realidad visible*. Sobre estos tres conceptos fundamenta el estado de conciencia que el yo crea en su interior. La explicación de este autor me parece fundamental para lo que me propongo desarrollar ahora. Véase *La poética de Juan Ramón Jiménez. Desarrollo, contexto y sistema*, Universidad de Salamanca, 1981, págs. 233-243.

⁴¹ Para A. de Albornoz, lo que rodea al poeta es “todo un mundo de seres y de cosas que, en una continua transformación, van trocándose, fundiéndose, en otros, otras, ‘yo’”, *Espacio*, ed. cit., pág. 98.

⁴² M. Juliá considera la relación “hombre-cosmos” como “el tema principal del poema”, y explica que esta relación “será formulada con imágenes diversas para ir acercándonos a lo inefable, a lo que no puede ser aprehendido de otra forma, porque toda definición enclaustra y limita la infinitud que el poeta quiere abarcar”, *El universo de JRJ*, op. cit., pág. 107. Seguramente, ese *inefable* será la *conciencia* que se resuelve en el poema en imágenes espaciales, tales como el ámbito de la inmensidad y el ámbito de la oquedad.

⁴³ Con respecto a este período citado del poema, M. Juliá explica que se crea “la impresión de que todo está íntimamente trabado y de que en última instancia el todo es uno: sustancia de dios”, *El universo de JRJ*, op. cit., pág. 80. Sustancia de un *yo-dios* que es tiempo y espacio.

La naturaleza es constituyente esencial del universo de *Espacio*. La mayoría de los motivos que integran este universo, como el *sol*, el *mar*, el *árbol*, el *pájaro*, etc., están tomados de la naturaleza. Así, es la naturaleza el componente más importante de ese exterior que rodea al poeta y que éste asume en la creación de su conciencia.

La razón del papel preponderante que Juan Ramón otorga a la naturaleza en el poema reside, seguramente, en que es la naturaleza la que contiene todo lo vivo, la representación global del cambio permanente. Todo lo vivo, lo que cambia todo era lo único que el yo poseía en su interior. Ese interior encuentra su reflejo exterior en la naturaleza.

Una vez más, a través del motivo del *sol*, Jiménez establece una vinculación, una identificación entre su propio *yo* y las *plantas*, integrantes de esa naturaleza viva en cambio permanente:

“¡Qué inquietud en las plantas al sol puro, mientras, de vuelta a mí, sonrío volviendo ya al jardín abandonado! ¿Esperan más que verdear, que florear y que frutar; esperan como un yo, lo que me espera; más que ocupar el sitio que ahora ocupan en la luz, más que vivir como ya viven, como vivimos; más que quedarse sin luz, más que dormirse y despertar?” (págs. 11 y s.).

El *verdear*, *florear* o *frutar* es el máximo desarrollo de las posibilidades contenidas en la sustancia de las plantas. Una vez logrado este máximo desarrollo, no pueden esperar más que “ocupar el sitio que ya ocupan en la luz”. Y es aquí donde se produce la identificación de Jiménez con las *plantas*. El también busca, en su interior, ese desarrollo pleno representado por la luz total⁴⁴. El yo camina hacia la totalidad, hacia “el sitio del seguir más verdadero” (pág. 12).

Todo lo exterior pertenece al espacio y al tiempo del yo poético, a su sustancia, porque todo es asumido e integrado en el interior del yo para ser convertido en conciencia⁴⁵. Todo es susceptible de ser convertido en conciencia⁴⁶.

⁴⁴ M. Juliá analiza este período centrandó su atención en la pregunta del poeta: “La esperanza de los objetos naturales es la del poeta, pero si hay pregunta es porque tal cosa no puede afirmarse, sino exponerse como posibilidad y no más”, *El universo de J.R.J.*, op. cit., pág. 97. El poeta hallará finalmente el estado de conciencia, su esperanza. Pero este estado lo ha visto antes reflejado en la naturaleza que él asumirá e integrará en su yo.

⁴⁵ La fusión del yo poético con la naturaleza se manifiesta ya con toda su fuerza en *La estación total*:

“No sois vosotras, ricas aguas
de oro las que corréis
por el helecho, es mi alma.

No sois vosotras, frescas alas
libres las que os abris
al iris verde, es mi alma.

No sois vosotras, dulces ramas
rojas las que os mecéis
al viento lento, es mi alma.

Ahora bien, ¿cómo se establece este flujo de lo exterior a lo interior? Tal vez pudiera hablarse de dos formas de comportamiento:

a) La primera de ellas se desarrolla cuando el poeta detiene su atención en un *elemento* concreto del exterior. Este elemento le servirá a Jiménez para reflejar en su espacio interior lo que representa. El flujo es entonces directo e instantáneo. Así, por ejemplo, el chopo de luz en Madrid o el mar.

El chopo de luz evidencia para el poeta la creación de un estado de desarrollo total en el espacio interior de este elemento, en su sustancia: "y él qué insigne con lo suyo, verde y oro, sin mejor en el oro que en lo verde" (pág. 14).

El mar, asimismo, será ámbito de conciencia porque actúa como espejo del yo. A él acudirá Jiménez para "recordar" cómo se hizo su sustancia. Hay que insistir aquí en la importancia de una frase recurrente a lo largo de todo el poema: "Para acordarme de por qué he nacido, vuelvo a ti, mar" (pág. 20).

b) La segunda de estas formas viene dada por la observación de un determinado *espacio* exterior. Juan Ramón observa este espacio y lo "describe". Pero su "descripción" no se reduce a lo que ve, sino que lo observado en el exterior revierte en el interior del poeta⁴⁷, en su sustancia, que era tiempo y espacio. Y este reverter se produce por una identificación creada por el propio poeta. Así, los espacios exteriores pasan a crear nuevos espacios en el tiempo del interior del yo. Jiménez crea de este modo espacios temporales que se imbrican para constituir en su interior un ámbito total de tiempo y espacio: su conciencia.

Si la primera forma de comportamiento del flujo exterior-interior se producía instantáneamente, esta segunda forma precisa del desarrollo del espacio exterior y del desarrollo del espacio interior para que se produzca la identificación que generará el proceso explicado. Proceso que, sin lugar a dudas, queda en manos del yo.

Esto ocurre, según creo, cuando Juan Ramón observa el espacio del "árbol de invierno":

"No estaba seco el árbol de invierno, como se dice, y yo creí en mi juventud; como yo, tiene dentro el verde, el oro, el grana en la raíz y dentro, muy

No sois vosotras, claras, altas
voces las que os pasáis
del sol que cae, es mi alma."

"Reino penúltimo", 2, "Es mi alma", *Libros de poesía de JRJ*, ed. cit., pág. 1.226.

⁴⁶ Me parece importante lo señalado por M. Juliá: "La imaginación del poeta pasa por un fenómeno de dilatación del ser que lo abarca todo: el poeta se siente totalidad, no ya parte sino todo, universo, mundo en que es 'sin disolverse'", *El universo de JRJ*, op. cit., pág. 81.

⁴⁷ La razón de este hecho, creo que ha sido magníficamente sintetizada por A. Sánchez-Romeralo: "Porque lo que importaba, y creo que importó siempre, en la poesía de Juan Ramón Jiménez, no era tanto la realidad como la sensación, la impresión que la realidad dejaba en la conciencia, posiblemente por el convencimiento de que aquella sólo podría encontrarla dentro de ésta", *Actas...*, op. cit., pág. 69.

adentro, tanto que llena de color doble infinito. Tronco de invierno soy, que en la muerte va a dar de sí la copa doble llena que ven sólo cómo es los deseados" (pág. 22).

Lo que el poeta observa es un árbol de invierno que se creyó seco. Y es entonces cuando el flujo de lo exterior a lo interior se establece. Juan Ramón se da cuenta de que este árbol de invierno no está seco y por ello, "cree en su juventud". La identificación del yo con el árbol se produce de forma plena, y su base es el ámbito de la conciencia. Conciencia realizada en el interior del árbol, en su raíz y que por ella, lo llena todo de "color doble infinito". Y Juan Ramón es ahora "tronco de invierno" en plenitud de conciencia que dará de su propia sustancia "la copa doble llena"⁴⁸ que sólo alcanzan los "deseados"⁴⁹.

Según esto, creo que en *Espacio* se produce una convergencia de tiempos y espacios correspondientes a elementos exteriores al yo poético, pero percibidos por él, y del tiempo y espacio interiores a ese mismo yo poético. Así, Juan Ramón asumirá e integrará en su interior una naturaleza percibida en plenitud para lograr, asimismo, su ámbito de plenitud total: su conciencia⁵⁰. Lo que define a la naturaleza es esa *plenitud* y esto es lo único que debe ser comprendido para que el yo alcance su conciencia⁵¹: "Cómo se burla la naturaleza del hombre, de quien no la comprende como es" (pág. 26).

⁴⁸ No estoy de acuerdo en este punto con la lectura que ofrece M^a.T. Font: "Esta 'copa doble llena' parece ser la representación de toda la naturaleza y la realidad de su poesía, en la totalidad de su obra", *Autobiografía lírica...*, op. cit., pág. 101.

⁴⁹ No puedo estar de acuerdo con la explicación de M. Juliá: "Las metáforas 'juventud' para denotar la primavera exterior, e 'invierno', la vejez personal, unen el mundo exterior e íntimo, aunque la plenitud se alcanza con la resurrección", *El universo de JRI*, op. cit., pág. 117. La plenitud se alcanza en el estado de conciencia individual, conciencia que tras la muerte del yo corporal irá a integrarse en una conciencia universal.

⁵⁰ Según M^a.T. Font, "'Espacio' constituye la sucesiva expresión lírica de un dinamismo espacial cuya trayectoria oscila entre la subjetivización del cosmos o interiorización del espacio y la objetivización de lo intangible, extrasensorial e inmanente: la conciencia", *Autobiografía lírica...*, op. cit., pág. 185.

⁵¹ En "El otoñado", Juan Ramón se presenta en esa totalidad de conciencia. Un yo cargado de frutos, repleto de vida como una naturaleza en plenitud:

"Estoy completo de naturaleza,
en plena tarde de áurea madurez,
alto viento en lo verde traspasado.
Rico fruto recóndito, contengo
lo grande elemental en mí (la tierra,
el fuego, el agua, el aire), el infinito.

Chorreo luz: doró el lugar oscuro,
trasmino olor: la sombra huele a dios,
emano son: lo amplio es honda música,
filtro sabor: la mole bebe mi alma,
deleito el tacto de la soledad.

Soy tesoro supremo, desasido,
con densa redondez de limpio iris,

5. La función de lo autobiográfico.

La presencia de lo autobiográfico es innegable en *Espacio*. Irrumpen en el poema, con mayor o menor frecuencia, lugares en los que Juan Ramón vivió, personas que se relacionaron con él, sucesos, alusiones a poetas, citas textuales o ecos de éstos, autocitas⁵², personajes literarios. Es lo que Aurora de Albornoz llamó “la realidad vivida en el fondo de la realidad creada”⁵³.

Desde el estudio de M^a Teresa Font⁵⁴, los datos biográficos que el poema contiene han quedado ya localizados y no voy a volver yo sobre ellos. Sin embargo, a pesar de la importancia que esta localización supone, hay algo que, a mi juicio, es fundamental. Y es ello, el fijar la función que tienen todos los jirones de vida recogidos por Juan Ramón en *Espacio*, la función de lo autobiográfico. Ya que, desde el momento en que estos jirones se integran en su escritura, interesan por su valor textual más que por la constatación de unos retazos de vida más o menos verificables⁵⁵.

El recuerdo tiene un papel destacado en *Espacio*. Gracias a él, Juan Ramón recupera lo que un día le perteneció: tiempos y espacios pasados que ahora pudieran parecer lejanos o perdidos: “Pino de la corona, ¿dónde estás?, ¿estás más lejos que si yo estuviera lejos?” (pág. 17). Pero, a pesar de la aparente pérdida de lo que ya terminó en su tiempo y en su espacio, el recuerdo recupera para el yo aquellos tiempos y espacios pasados: “Hermoso es no tener lo que se tiene, nada de lo que es fin para nosotros es fin, pues que se vuelve contra nosotros, y el verdadero fin nunca se nos vuelve” (pág. 13). El recuerdo que es creación del propio yo y que hace que éste, en su espacio interior, posea todavía lo que ya no tiene⁵⁶. El recuerdo que revierte en Juan Ramón aquello que creyó finalizado. Por eso, “nada de lo que es fin para nosotros es fin”.

El recuerdo adopta representaciones concretas. Es decir, un elemento determinado del universo de *Espacio* le sirve al poeta para localizar ese mismo elemento en sus tiempos y en sus espacios pasados. Así, el árbol podría ser el pino de Fuentepiña de la niñez de Juan Ramón; el perro será el mismo perro de Moguer, Sevilla, Madrid o Miami; el mar será el Mediterráneo o el Atlántico; o las garzas⁵⁷:

del seno de la acción. Y lo soy todo.
Lo todo que es el colmo de la nada,
el todo que se basta y que es servido
de lo que todavía es ambición.”

La estación total, Libros de poesía de JRI, ed. cit., pág. 1.140.

⁵² Véase A. de Albornoz, “El sentido de la cita y la autocita en ‘Espacio’”, en *Actas...*, op. cit., págs. 117 a 124.

⁵³ *Espacio*, ed. cit., pág. 80.

⁵⁴ *Autobiografía lírica...*, op. cit.

⁵⁵ Señala A. de Albornoz que Jiménez, “una vez creada la obra, se convierte en ‘protagonista poemático’”, *Espacio*, ed. cit., pág. 80. La función de lo autobiográfico gira en torno a este “protagonista” que se va haciendo en el poema.

⁵⁶ Esta función del recuerdo o la memoria fue ya vista por A. de Albornoz: “al texto llegan continuamente retazos de escenas ‘vivas’ por el protagonista de *Espacio*. La memoria va salvando del pasado eso que llamamos así: *Pasado*. Va (...) convirtiendo el pasado en presente”, *Espacio*, ed. cit., pág. 81.

⁵⁷ Para M. Juliá, se crea “un sistema de equivalencias que rigen desde el comienzo del poema”, *El universo de JRI*, op. cit., pág. 155.

“Las garzas blancas habladoras en noches de escursiones altas. En noches de escursiones altas he oído por aquí hablar a las estrellas, en sus congregaciones palpitantes de las marismas de lo inmenso azul, como a las garzas blancas de Moguer, en sus congregaciones palpitantes por las marismas de lo verde inmenso” (pág. 52).

Otras veces, una “leyenda” es la que recupera espacios y tiempos: “Leyenda inesperada: ‘dulce como la luz es el amor’, y esta New York es igual que Moguer, es igual que Sevilla y que Madrid” (pág. 31). O una sensación del poeta es la que hace retornar lo pasado: “Puede el viento en la esquina de Broadway, como en la Esquina de las Pulmonías de mi calle Rascón, conmigo” (págs. 31 y s.).

De esta forma, tiempos y espacios pasados son recuperados por Juan Ramón. Pero en lo autobiográfico no sólo cuenta la recuperación que opera el recuerdo. Este pasado que ahora retorna al yo se funde con su presente, y pasado y presente se proyectarán hacia el futuro del poeta⁵⁸. Espacios y tiempos que, una vez más, convergen en el espacio interior del yo; un yo en transcurrir constante de una espacialidad a otra, de una temporalidad a otra. Espacios y tiempos que convergen en el ámbito de la *conciencia*, porque el recuerdo supone la recuperación del yo mismo para sí mismo.

Es así como se crea un único ámbito de inmensidad, un único ámbito de eternidad:

“En el jardín de St. John the Divine, los chopos verdes eran de Madrid; hablé con un perro y un gato en español; y los niños del coro, lengua eterna, igual del paraíso y de la luna, cantaban, con campanas de San Juan, en el rayo de sol derecho, vivo, donde el cielo flotaba hecho armonía violeta y oro; iris ideal que bajaba y subía, que bajaba...” (pág. 33).

Será el ámbito de la unidad total, de la conciencia, porque St. John the Divine es San Juan, porque un perro y un gato americanos hablarán español, porque cualquier mar es un mar único, o el “amor es dulce como la luz” en cualquier lugar; porque Juan Ramón logra la unidad de sus tiempos y de sus espacios en la inmensidad y la eternidad únicas de su conciencia⁵⁹.

⁵⁸ En *La estación total*, el yo siente la certeza de que se reencontrará con ese tiempo pasado. Tiempo pasado que asumido en el espacio interior del yo creará la “gloria una”. Así, Juan Ramón dirá en la última estrofa de “Pasado”:

“Sé que lo he de encontrar
más allá siempre, punta
del mar, cima de otra
tierra, en la gloria una.”

Libros de poesía de JRJ, ed. cit., pág. 1.236.

⁵⁹ M. Juliá entiende que la noche de San Juan es “la noche del amor”, y en esta noche, “todo se asocia y funde”, *El universo de JRJ*, op. cit., pág. 129. Fusión por amor de un todo en conciencia universal.

Y es aquí, a mi juicio, donde se encuentra la explicación de lo que Jiménez escribió a Cernuda:

“Ahora, hace tres años tengo en mi lápiz un poema que llamo ‘Espacio’ y sobrellano ‘Estrofa’, y llevo ya de él 115 páginas seguidas. Pero sin *asunto*, en *sucesión natural*. Creo que en la escritura poética, como en la pintura o la música, el asunto es la retórica, ‘*lo que queda*’, la poesía”⁶⁰.

Una vez que lo autobiográfico realiza su función y se crea el ámbito inmenso de la conciencia, entonces lo anecdótico, el *asunto*, ya no importa. El *asunto* que es copia de lo que se entiende por “realidad”. *Espacio* utiliza lo anecdótico para trascenderlo y llegar a lo universal, a la inmensidad y eternidad de la conciencia. El estado de conciencia es un estado esencial. Del mismo modo, un poema “sin asunto” centra su mirada en lo esencial, prescindiendo de lo anecdótico, de lo concreto. Y por tanto:

“Todos somos actores aquí, y sólo actores, y el teatro es la ciudad, y el campo y el horizonte, ¡el mundo! Y Otelo con Desdémona será lo eterno. Esto es el hoy todavía, y es el mañana aún, pasar de casa en casa del teatro de los siglos, a lo largo de la humanidad toda” (pág. 48).

La lógica de lo esencial, de lo universal asume la lógica de lo particular⁶¹ cuando la poesía sólo es “*lo que queda*”⁶², cuando el yo se afianza en su interior. Cuando todo es conciencia en el yo interior, es la *sucesión natural* del “tercer ritmo” (pág. 41).

6. Los ámbitos de la conciencia: la inmensidad y la oquedad.

El concepto de *conciencia* es esencial en *Espacio*⁶³. Juan Ramón da forma en el poema a ámbitos que, de una manera u otra, recogen el estado de conciencia creado por el yo poético en su espacio interior. Son éstos el ámbito de la *inmensidad* y el ámbito de la *oquedad*. Y cada uno de estos ámbitos representa algo para la conciencia. Así, el ámbito de la inmensidad supone la posesión de la conciencia. El ámbito de la oquedad, el abandono de la conciencia.

⁶⁰ *Cartas literarias*, ed. cit., pág. 59. Los subrayados son míos.

⁶¹ Adopto el término “lógica” de J. Blasco Pascual, *Antología poética*, ed. cit., pág. 90.

⁶² “*Lo que queda*” tiene mucho que ver con la idea de la *desnudez*. Y esto es lo que M^a.T. Font constata: “Según su poesía se va depurando, Juan Ramón aspira a crear momentos eternos, toda una metafísica de *desnudeces*; lo que queda, o lo intangible, con formas hechas poesía, una vez trasmutadas e inexistentes las realidades”, *Autobiografía lírica...*, op. cit., pág. 135.

⁶³ M^a.T. Font ya advierte esto, cuando condensa lo que “dice muy especialmente ‘Espacio’” en las siguientes palabras: “cada uno tiene la obligación de buscar a ese dios inmanente (...) a ese dios que da sentido a nuestra realidad, encontrándonos”, *Autobiografía lírica...*, op. cit., pág. 111. Ese “dios inmanente” que es la conciencia del yo realizada por el yo.

a) El ámbito de la *inmensidad* o la posesión de la conciencia.

Juan Ramón crea en su escritura el ámbito de la inmensidad, porque es el yo poético quien desarrolla en *Espacio* el proceso hacia la posesión de su conciencia⁶⁴. Y en este proceso, el poeta atraviesa diversas fases, representadas en el poema por distintas espacialidades que culminarán en el ámbito de la inmensidad y la posesión de la conciencia. Estas fases a las que me estoy refiriendo son las siguientes⁶⁵:

1. La esperanza mágica.
2. El sueño de un ideal deseado.
3. La observación de una naturaleza en plenitud.
4. La posesión de la conciencia.

1. La esperanza mágica.

“Estaba el mar tranquilo, en paz el cielo, luz divina y terrena los fundía en clara plata, oro inmensidad, en doble y sola realidad; una isla flotaba entre los dos, en los dos y en ninguno, y una gota de alto iris perla gris temblaba en ella” (pág. 11).

Mar y cielo, espacios inmensos, se funden, sin perder su individualidad, para crear la unidad de lo dispar y por eso “doble y sola realidad”⁶⁶. El poeta se acerca al centro de esta fusión inmensa: en ella una *isla* y en la *isla*, una *gota de iris*.

⁶⁴ No puedo estar de acuerdo con lo que afirma M.T. Font: “El momento del conocimiento (o plena conciencia) es fugaz y único en cada ser”, *Autobiografía lírica...*, op. cit., pág. 92. La posesión de la conciencia no creo que sea en *Espacio* un momento, sino un estado del yo. Un estado que el yo construye al *hacerse* a sí mismo, día a día, con su sustancia: tiempo y espacio. Y este *hacerse* no es instantaneidad, sino *devenir*.

⁶⁵ En el análisis que ahora realizaré me voy a centrar en el “Fragmento primero” de *Espacio*. Además, seguiré el proceso hacia la posesión de la conciencia de una forma lineal. Sin embargo, esto no se corresponde con la realidad textual, sino que es más bien un intento metodológico de organización.

⁶⁶ Es ésta la “doble y sola realidad” que en el poema “El viento mejor” de *La estación total* se presenta como “esta doble belleza”. “Doble belleza” que supone la “esperanza” para el poeta, como lo supondrá en *Espacio*:

“Profundidad aún quieta y rama ya en exalte,
verde verano aún y otoño ya cobrizo,
carne aún suculenta y ya espíritu ardiente,
vida mágica aún y ya muerte preciosa.

(Y el viento uno lo menea todo,
lo confunde y lo funde en una sola luz
y le da su sentido al paraíso.)

¡Qué realidad mejor, qué mayor esperanza
que esta doble belleza, enamorada libre,
esta infinita plenitud presente, ausente,
de la muerte y la vida en abrazo de gloria!”

Libros de poesía de JRJ, ed. cit., pág. 1.281.

Cuando la mirada converge con el centro único de lo inmenso, entonces se revela lo que esa espacialidad concreta representa para el yo poético: “Allí estará temblándome el envío de lo que no me llega nunca de otra parte. A esa isla, ese iris, ese canto yo iré, esperanza mágica, esta noche” (pág. 11). El centro de la fusión, el centro de esa espacialidad donde el yo irá es su *esperanza mágica*⁶⁷.

A mi juicio, esta espacialidad representa el estado de conciencia que Jiménez *espera* lograr. Tal vez sea preciso subrayar que su ir se producirá “esta noche”, es decir, en la oscuridad; y, seguramente, su ir le conducirá a la luz total del reencuentro consigo mismo, con su conciencia, con su “jardín abandonado”: “¡Qué inquietud en las plantas al sol puro, mientras, de vuelta a mí, sonrío volviendo ya al jardín abandonado!” (pág. 11).

2. El sueño de un ideal deseado.

Juan Ramón desea el eterno ideal y, antes que en su propio yo, este ideal es representado por otra espacialidad, que se introduce ante la duda del poeta, ¿sueño o realidad?:

“Sueño, ¿he dormido? Hora celeste y verde toda; y solos. Hora en que las paredes y las puertas se desvanecen como agua, aire, y el alma sale y entra en todo, de y por todo, con una comunicación de luz y sombra” (pág. 19).

El sueño crea una espacialidad que representa el ideal deseado por Juan Ramón. *Espacio* único y verdadero en el que se integrará, porque todo habrá sido asumido por su conciencia. Así, los límites de una hora desaparecen, ya no hay ni paredes ni puertas. Sólo queda el ámbito inmenso de la conciencia del yo⁶⁸. El espacio pierde sus límites y envuelve por completo al poeta; pero también, su “alma” se expande totalmente y cubre todo el espacio. Es la espacialidad inmensa de lo deseado⁶⁹.

3. La observación de una naturaleza en plenitud.

Ya analicé con anterioridad cómo los espacios exteriores al yo eran susceptibles de ser convertidos en conciencia. Pues bien, es en la naturaleza, antes que en su interior, donde Jiménez observa el estado de plenitud que luego le pertenecerá⁷⁰:

⁶⁷ M^a.T. Font considera que esta *esperanza mágica* es, para Juan Ramón, “el ideal que él quiere representar por la imagen alusiva: ‘El envío de lo que no me llega nunca de otra parte’, es lo intangible, adonde el poeta se propone ir, un lugar fuera del espacio”, *Autobiografía lírica...*, op. cit., pág. 76. Estimo acertada la primera parte de esta afirmación. Ahora bien, “adonde el poeta se propone ir” no es un “lugar fuera del espacio”. Es un “lugar” sin límites concretos, temporales o espaciales. Lugar creado por el poeta cuando asume e integra en su interior toda su *sustancia*, y se funde con lo exterior. Es el espacio absoluto.

⁶⁸ Magnífica me parece la lectura que M^a.T. Font realiza: “Todo es conciencia ‘la luz de dentro’, que refleja el cosmos (...) Para Juan Ramón, la dualidad interna y externa desaparece, ‘toto es dentro’”, *Autobiografía lírica...*, op. cit., pág. 96.

⁶⁹ Véase el análisis que de este período citado de *Espacio* plantea M. Juliá, *El universo de JRI*, op. cit., págs. 113 y s.

⁷⁰ El estado de *plenitud* observado en la naturaleza es constatable ya en *La estación total*. Plenitud que lleva a la *armonía*. Así, el poema “La plenitud”:

“El riachuelo iba hablando bajo por aquel barranco, entre las tumbas, casas de las laderas verdes; valle dormido, valle adormilado. Todo estaba en su verde, en su flor; los mismos muertos en verde y flor de muerte; la piedra misma en verde y flor de piedra. Allí se entraba y se salía como en el lento anochecer, del lento amanecer” (pág. 20).

La plenitud consistía en el máximo desarrollo de la sustancia del espacio interior. No importa lo que sea, los muertos, la piedra o el yo, pero todo debe alcanzar este máximo desarrollo, porque en él reside la plenitud del estado de conciencia. Y una vez más, en esta espacialidad de plenitud, se borran los límites, y entonces se funden el “anochecer” y el “amanecer”, y “entrar” es “salir”⁷¹.

4. La posesión de la conciencia.

“¡Inmensidad, en ti y ahora vivo; ni montañas, ni casi piedra, ni agua, ni ciclo casi; inmensidad, y todo y sólo inmensidad; esto que abre y que separa el mar del cielo, el cielo de la tierra, y, abriéndolos y separándolos, los deja más unidos y cercanos, llenando con lo lleno lejano la totalidad!” (pág. 29).

“Delante está el carmín de la emoción.
Y al fondo de la vida,
por el suave azul nublado,
entre las cobres hojas últimas
que se curvan en éstasis de gloria,
la eterna plenitud desnuda.

(Y el agua una se ve más.
El color es más él, más sólo él,
el olor solo tiene un ámbito mayor,
el calor todo se oye más.

Y grita
en el aire, en el agua,
sobre el calor, sobre el olor, sobre el color,
ante el carmín de la pasión segunda,
la esterna plenitud desnuda.)

¡Armonía sin fin, gran armonía
de lo que se despide sin cuidado,
en luz de oro para luego verde,
que ha de ver tantas veces todavía,
ante el carmín de la ilusión,
la interna plenitud desnuda!”

Libros de poesía de JRI, ed. cit., págs. 1.146 y s.

⁷¹ M. T. Font ofreció ya una interpretación muy semejante a la mía: “La naturaleza entera del cementerio en ‘Espacio’ está ‘en su verde’ y ‘en su flor’, por decir en su momento de plenitud gloriosa (...) En tal sitio se borra el tiempo y todo es espacio suspendido entre la noche y el día”, *Autobiografía lírica...*, op. cit., págs. 97 y s.

Por fin, el ámbito de la *inmensidad*; la esperanza mágica, el ideal soñado, la plenitud observada. El ámbito de la totalidad y lo absoluto⁷². Un ámbito creado por la destrucción de límites -ni piedra, ni agua, ni cielo-; por la fusión de contrarios -*todo y sólo, abre y separa, mar y cielo, cielo y tierra*-. El ámbito de la conciencia que el yo posee.

Solos el yo y la inmensidad: “¡Espacio y tiempo y luz en todo yo, en todos y yo y todos! ¡Yo con la inmensidad!” (pág. 29). Es ahora, cuando el yo posee su conciencia o porque la posee, cuando lo único que colma a ese yo es su sustancia: espacio y tiempo en plenitud⁷³. Y entonces todo es luz en él, del mismo modo que el *sol* fue foco de conciencia.

La posesión de la conciencia es la que lleva a Juan Ramón a afirmar: “Esto es distinto; nunca lo sospeché y ahora lo tengo” (pág. 29). *Esto* es el ámbito de la conciencia: la inmensidad eterna del yo poético que él mismo ha creado para sí y que ahora asume e integra⁷⁴.

⁷² En “Paraíso” de *La estación total* se verifica también el ámbito de lo inmenso creado por la destrucción de límites espaciales y temporales. Ambito de lo absoluto, imagen espacial en la que se resuelve la “última verdad”:

“Como en la noche, el aire ve su fuente
oculta. Está la tarde limpia como
la eternidad.

La eternidad es sólo
lo que sigue, lo igual; y comunica
por armonía y luz con lo terreno.

Entramos y salimos sonriendo,
llenos los ojos de totalidad,
de la tarde a la eternidad, alegres
de lo uno y lo otro. Y de seguir,
de entrar y de seguir.

Y de salir...

(Y en la frontera de las dos verdades,
exaltando su última verdad,
el chopo de oro contra el pino verde,
síntesis del destino fiel, nos dice
qué bello al ir a ser es haber sido.)”

I, “Lo que sigue”, *Libros de poesía de JRJ*, ed. cit., pág. 1.138.

⁷³ A. de Albornoz incide en la idea de que ese ámbito inmenso se crea en el interior del yo mediante la destrucción de los límites: “cuando ya nada *rodea* y todo se llena de *inmensidad*; todo se hace inmenso, inmensa inmensidad, dentro de un espacio-tiempo *interior*. Interior, o psíquico, ya que, obviamente, sólo en el fondo del hombre es posible hallar ese espacio”, *Espacio*, ed. cit., pág. 85.

⁷⁴ M. Juliá concluye lo siguiente: “A lo largo del fragmento se fue viendo cómo los seres animados e inanimados, las cosas lejanas y abstractas, lo interior y lo exterior, la vida y la muerte, el tiempo y el espacio, estaban entretorcidos formando una unidad constituyente de la sustancia cósmica. La dualidad del comienzo ha sido resuelta: el ‘yo’ es la inmensidad”, *El universo de JRJ*, op. cit., pág. 126.

b) El ámbito de la *oquedad* o el abandono de la conciencia.

Casi al finalizar el “Fragmento tercero” de *Espacio*, Juan Ramón dirá: “Esto era en las marismas de la Florida llana, la tierra del espacio con la hora del tiempo. ¡Qué soledad, ahora, a este sol de mediodía!” (pág. 52). Y es en este momento del transcurrir del poema cuando el ámbito de la inmensidad es ocupado por el ámbito de la oquedad. *Esto era* es el ámbito de lo inmenso en que el espacio único y total es penetrado por el tiempo todo. Pero, el *ahora* representa la soledad presidida por un *sol* culminante, *sol de mediodía*. El *sol* que fuera foco de conciencia y que crea ahora el espacio de la *soledad*.

Y es entonces, cuando Juan Ramón, por medio del motivo del *cáncer*, descubre el ámbito de la oquedad y lo que éste representa: el abandono de la conciencia. El *cáncer* que es sólo *hueco* y que se revela al poeta cuando éste lo aplasta. El *cáncer* con el que el yo poético se identifica. *Cáncer* y yo, ambos huecos. Si Juan Ramón creó para sí mismo el ámbito de la inmensidad, crea también ahora el ámbito de la oquedad, “el hueco revelado por mí” (pág. 55).

Juan Ramón logró en su espacio interior la posesión de la conciencia, y ahora la conciencia abandona ese mismo espacio:

“Revolución de un todo, un infinito, un caos instantáneo de carne y cáscaras, de arena y ola y nube y frío y sol, todo hecho total y único, todo abel y caín, david y goliat, *cáncer* y yo, todo cangrejo y yo. Y en el espacio de aquel hueco inmenso y mudo, dios y yo éramos dos”⁷⁵ (pág. 56).

El espacio es un *hueco inmenso*. Si el ámbito de la inmensidad fue un ámbito total, también lo será el ámbito de la oquedad. La unidad de contrarios *-abel y caín, david y goliat, cáncer y yo-* vuelve a ser absoluta. Unidad que es *hueco*. El yo asume e integra en su interior este nuevo ámbito creado y se presenta entonces como *hueco* que debe llenar la conciencia. Esa conciencia total que es el universo.

Pero el abandono de la conciencia es irrevocable. Y, por primera vez en *Espacio*, el yo poético se dirige a su conciencia de forma directa: “Conciencia... Conciencia, yo, el tercero, el caído, te digo a ti (*¿me oyes, conciencia?*)” (págs. 56 y s.). Un yo que ni siquiera está seguro de que su conciencia pueda oírle. Un yo escindido, desgajado, porque su plenitud, su unidad residía en la posesión de la conciencia que ahora le abandona⁷⁶. Porque la conciencia fue su “Dios deseado y deseante”⁷⁷:

⁷⁵ En la lectura que de este período realiza M. T. Font, se establece una vinculación entre Jiménez y San Juan de la Cruz: “Y el poeta y el hombre inseparables se sienten solos -separados del dios- en el espacio insondable de aquel ‘hueco’. El poeta sufre en ‘Espacio’ una segunda ‘noche oscura del alma’, pero ahora con otra angustia, la de la aniquilación de su forma y la preocupación por el destino de su conciencia”, *Autobiografía lírica...*, op. cit., págs. 177 y s. Es decir, ¿qué será de la conciencia cuando se deshaga la forma corporal del yo? El yo que creó su conciencia con su sustancia, y fue dios.

⁷⁶ En *Espacio* el abandono de la conciencia se consuma para el yo. Un yo, que escindido, no sabe qué será de su conciencia. Sin embargo, en *La estación total*, esta conciencia separada del yo irá a integrarse en una conciencia universal, fusión cósmica absoluta:

“Dime tú todavía: ¿No te apena dejarme? ¿Y por qué te has de ir de mí, conciencia? ¿No te gustó mi vida? Yo te busqué tu esencia. ¿Qué sustancia le pueden dar los dioses a tu esencia, que no pudiera darte yo? Ya te lo dije al comenzar: “Los dioses no tuvieron más sustancia que la que tengo yo”. ¿Y te has de ir de mí tú, tú a integrarte en un dios, en otro dios que este que somos mientras tú estás en mí, como de dios?” (págs. 58 y s.).

La afirmación con la que Juan Ramón inició *Espacio* se explica ahora totalmente⁷⁸.

“No te has ido. Es que antes,
unidos cuerpo y alma,
estabas entre el mundo.

Y ahora (no te has ido),
alma y cuerpo distantes,
el mundo está entre ti.”

“Con la flor más alta”, y 4, “Una mujer partida”, *Libros de poesía de JRR*, ed. cit., pág. 1.212.

⁷⁷ Me remito a las palabras de Jiménez con las que comencé este artículo.

⁷⁸ Las referencias bibliográficas de este artículo así como su contenido remiten al estado de la cuestión sobre el tema en el año 1991, fecha de entrega de este trabajo.